



La filosofía y el reto de la educación latinoamericana

Leopoldo Arteaga Ramírez
Universidad Ricardo Palma, Lima - Perú
larteagar@hotmail.com

Leopoldo Arteaga Ramírez es Magister en Filosofía (UNMSM) y Doctor en Educación (USMP). Actualmente, es Profesor Principal y Director del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Ricardo Palma. Y, también, docente del Instituto para la Calidad de la Educación, sección de Postgrado, de la Universidad de San Martín de Porres, Lima – Perú, donde desarrolla la cátedra de Filosofía de la Educación. Las líneas de investigación que ocupan su reflexión de manera interrelacionada son: Filosofía de ciencia, Ética y Filosofía Política y Filosofía de la Educación.

Resumen - Resumo - Abstract

Considero que hacer Filosofía de la Educación, desde la perspectiva latinoamericana, requiere de una profunda reflexión crítica de segundo orden con un enfoque multidisciplinar sistémico con base en el pensamiento complejo que, a partir del estudio de los fundamentos ontológico, epistémico y axiológico de la educación nos permita no sólo racionalizar, comprender e interpretar la realidad educativa, sino vislumbrar las posibilidades de su prospectiva con nuevas propuestas de lineamientos filosóficos integrados al avance científicos, tecnológico, humanísticos y de la cultura en general.

Considero que fazer Filosofia da Educação, desde uma perspectiva latinoamericana, requiere una profunda reflexión crítica de segunda ordem com um enfoque multidisciplinar sistémico, com base no pensamento complexo que, a partir do estudo dos fundamentos ontológico, epistémico y axiológico da educação, nos permita não só racionalizar, compreender e interpretar a realidade educativa, mas vislumbrar as possibilidades de seu potencial com novas propostas de diretrizes filosóficas integradas aos avanços científicos, tecnológicos, humanísticos, e da cultura em geral.

I consider that working with philosophy of education, from the Latin-American perspective, requires a deep critic second-order reflection with a systemic multidisciplinary approach, which base is in the Complex thought that, from ontological, axiological and epistemological studies about education lead us not just to rationalize, comprehend and interpret education reality, but show the possibilities of its prospective with new ideas of philosophical lineaments, integrated to scientific, technological, humanistic and general culture progress

Palabras Clave: Filosofía, educación, desarrollo humano.

Palavras-chave: Filosofia, a educação, o desenvolvimento humano

Keywords: Philosophy, education, human development

Recibido: 30-04-2013

Aceptado: 24-10-2014

Para citar este artículo:

Arteaga Ramírez, L. (2014). La filosofía y el reto de la educación latinoamericana. *Ixtli. Revista Latinoamericana de Filosofía de la Educación*. 1(2). 175-186

La filosofía y el reto de la educación latinoamericana

Vivimos tiempos de globalización. Tiempos de un desarrollo extraordinario de las ciencias y la tecnología, de la mundialización de la economía de mercado, de las comunicaciones y las redes informáticas, de la pretensión universalista de la cultura occidental y de la exaltación de los valores de la sociedad de consumo. Tiempos en que los pueblos de América Latina, dotados de diversidad étnica, lingüística y cultural, y signados por profundas asimetrías socioeconómicas, educativas, de género y de oportunidades, viven una lógica heterogénea de desarrollo combinado, contradictorio y dependiente. Vivimos una época de inmediatez, de racionalidad instrumental e individualismos, de predominio de los valores de la competitividad y la rentabilidad, de las organizaciones por sobre el valor de la persona humana.

La educación latinoamericana

En general, los sistemas educativos de nuestros países tienen como objetivo real el reproducir el orden social vigente e instrumentalizar al hombre unidimensional en la perspectiva utilitarista del crecimiento económico. Los poderes fácticos hegemónicos tienen la concepción de que el bienestar de los ciudadanos de un país tiene como condición previa el crecimiento de la economía, que el crecimiento económico es sinónimo de desarrollo y que los indicadores más relevantes y excluyentes, para medir el desarrollo de los países, son las variaciones del Producto Bruto Interno y de la Renta Per Capita Nacional; es decir, el desarrollo, apreciado en términos de acumulación de dinero o de cosas. (Foro Educativo, 1997,12). Se trata a los seres humanos como un insumo, antes que un fin. Se oculta que toda persona es un fin en sí mismo. “...yo digo que el hombre, en general todo ser racional, existe como fin en sí y no como simple medio”, (Kant,1963,57). Cada ser humano, hombre o mujer, es un ser único, valioso, irreplicable, que posee potencialidades y talentos múltiples; es un ser no sólo físico y biológico singular, sino también afectivo, sensible, valorativo y espiritual, sin dejar de ser, a la vez, un ser social e histórico, imaginativo y creativo, una individualidad con responsabilidad social, y que utilizarla como un medio o como un instrumento para conseguir los fines de otra persona es, como diría Kant, denigrarla en

su existencia. Lo que es evidente, en la realidad, es que esta perspectiva del “crecimiento económico como desarrollo” no se condice ni con el mejoramiento de las potencialidades de las personas ni con la calidad de vida de nuestros pueblos, sino que cimienta y profundiza las desigualdades económicas, sociales y educativas. “Hoy día resulta sencillo comprobar que el bienestar de la población no depende tanto de la cantidad de riqueza (producida), sino de su debida distribución” (Santos, 2006, 24). “El mundo ha experimentado durante los últimos cincuenta años un auge económico sin precedentes,..., que esos avances se deben a la capacidad del ser humano expresados en,...,la ciencia y a la educación, motores fundamentales del progreso económico, es indudable. Sin embargo, consciente de que el modelo actual de crecimiento tropieza con limitaciones evidentes en razón de las desigualdades que induce y de los costos humanos y ecológicos que entraña, la Comisión estima necesario definir la educación no ya simplemente en términos de sus repercusiones en el crecimiento económico, sino en función de un marco más amplio: el del desarrollo humano” (Delors, 1996,69). Este concepto de desarrollo, de significado mucho más amplio, rebasa el mero orden económico e incorpora la dimensión ética, cultural y ecológica que son, a la vez, condiciones fundamentales para la vida humana. El informe Delors sostiene que “ los indicadores del desarrollo no deberían limitarse a los ingresos por habitante, sino abarcar igualmente datos relativos a la salud (incluido el índice de mortalidad infantil), la alimentación y la nutrición, el acceso al agua potable, la educación y el ambiente. Así mismo, se ha de tener en cuenta la equidad y la igualdad entre los diferentes grupos sociales y entre los sexos, así como el grado de participación democrática”. Posición que con un enfoque más globalista y de eliminación de las injusticias comparte Amartya Sen (2007). Pero Delors enfatiza que la noción de “sostenibilidad” complementa la de desarrollo humano, ya que se hace hincapié en la viabilidad a largo plazo del proceso de desarrollo, en el mejoramiento de las condiciones de existencia de las futuras generaciones y en el respeto de los medios naturales de que depende toda vida humana.

Los estados nacionales de américa latina

Desde la perspectiva de los Estados- nacionales de América Latina, más construcciones legales que realidades integradas, son territorios donde existen y coexisten, muchas veces aisladas y otras en conflicto, diversas comunidades humanas con sus propias maneras de producir y reproducir sus medios de

vida, sus costumbres, tradiciones, creencias, lengua, valores y el sentido de su existencia. Comunidades, históricamente subsumidas a la cultura hegemónica occidental, desde cuyo Estado se legitiman intereses particulares como si fueran intereses generales y cuyas políticas públicas traducen, por lo general, y al margen de lo retórico, la supremacía de sus concepciones de vida, económicas, sociales, educativas, culturales e ideológicas, de espaldas a la diversidad cultural, que con criterios homogeneizadores diseñan y con medianía implementan. El sistema educativo, obviamente no está al margen de esta realidad, como parte constitutiva del Estado, recibe de éste su direccionalidad e implementación. El resultado (CNE,2001): desconexión con la realidad territorial y cultural, currículos tradicionales y prácticamente homogéneos, una educación pública de muy baja calidad, inoperancia e irrelevancia de la educación expresada en fuerte deserción y altas tasas de fracaso estudiantil, deficiente formación y actualización docente, orientación de la educación básica predominante hacia los estudios universitarios como si éstos fueran la meta deseable y asequible para todos, la marginación educativa crónica y persistente de importantes sectores rurales pobres; la desarticulación entre la planificación ocupacional y la determinación de vacantes profesionales en el sistema universitario; deficiente apoyo financiero a la investigación y la innovación tecnológica; la escasa participación de la educación en la concientización para el cambio y la internalización de valores, y una profunda insatisfacción ciudadana por la educación y, como consecuencia, una abierta demanda de transformaciones radicales en la sociedad y de políticas de reingeniería en la educación, en particular.

Después de varias décadas de intentos reiterados de reformas educativas en nuestros países, los resultados son de dudosa consecución del objetivo fundamental de la educación: el aprendizaje y la formación integral de la persona. Por esta permanente insatisfacción es indispensable recuperar para la educación y para la política educativa la visión multisectorial, entendiendo que los problemas no se explican ni se resuelven exclusivamente desde lo educativo o pedagógico, sino desde una política económica y social responsable del bienestar de las mayorías; la visión de sistema, superando la visión fragmentada y parcelada por edades, niveles, componentes o modalidades; y la visión de largo plazo como política de Estado y no de gobierno, superando el cortoplacismo inmedatista de la improvisación, la política menuda y el despilfarro de los siempre escasos recursos que se asignan al sector o de los provenientes del financiamiento internacional (Pronunciamento, 2000). Lo cual presenta una serie de desafíos que tiene como punto de partida: el reconocimiento fundamental de que América Latina es una región cuya

diversidad étnica, cultural, socioeconómica y “el escándalo de la pobreza” (Kliskberg, 2002, 15) obliga a diseñar políticas públicas y emprender acciones en las que se reconozcan y potencien no sólo la diversidad y sus expresiones culturales, se impulsen y respalden las iniciativas regionales y locales, sino también y, de manera prioritaria, se combata la pobreza, la desnutrición crónica y la salubridad en base a un principio de justicia social que exprese la unidad en la diferencia y, simultáneamente, se articule la modernidad de nuestras instituciones educativas a los requerimiento de la vida social contemporánea, la promoción de la elevación de la productividad, la consigna de la educación permanente, el fomento de la investigación y la tecnología con capacidad creadora, y, con similar convicción, fortalecer los vínculos internacionales en un mundo altamente globalizado absorbiendo los extraordinarios aportes científicos, tecnológicos, culturales y artísticos de la humanidad con identidad cultural propia; identidad que evoluciona, se moderniza y que se abre al mundo sin perder sus raíces, forjando intransigentemente las condiciones para la eliminación de la pobreza, por una educación de calidad y la igualdad de oportunidades como camino al desarrollo personal y el mejoramiento de las condiciones de vida de nuestros pueblos. Aspiramos a una sociedad de alas con raíces. Lo paradójico de esta situación es que los gobiernos y sus élites dirigentes, unos en mayor o en menor medida, pero en general, minimizan las humanidades, el arte y la reflexión filosófica; y exaltan el desarrollo tecnológico, las ciencias empíricas y formales, como si fueran incompatibles, antagónicos de las humanidades; desconociendo las profundas raíces ontológicas, epistemológicas y axiológicas que las vertebran, y de lo imprescindible de su concurrencia y ensamblamiento para la formación integral de la persona. No es casual por ello, la existencia de algunas tendencias autoritarias que sesgan las políticas educativas hacia la disminución, fusión o eliminación de las asignaturas de humanidades y al recelo de sus contenidos, promoviendo pragmáticamente una educación para el desarrollo del mercado, una educación para el Desarrollo Económico. Pero humanizar, cada vez más y mejor a las personas y levantar propuestas de convivencia social, de respeto al otro, al diferente; de pluralidad y democracia participativa; así como, hacer conciencia en estos tiempos de violencia física y emocional institucionalizada, de la necesidad de la internalización de una cultura de paz y progreso, de valores, de respeto a las diferencias, la tolerancia y la construcción de una sociedad justa en la mente de las élites dirigentes y de las nuevas generaciones, será siempre una tarea y un reto de una educación de profunda raigambre filosófica humanista. Humanismo, en el sentido de que el ideal de humanidad es fruto de un proceso de educación o de formación de la persona, pero que, a la vez, supone también preocupa-

ción, compasión, solidaridad y empatía por el otro, como un ideal de conducta moral culturalmente construido (Giusti,2010,38) . Este horizonte del desarrollo humano debiera vertebrar la elaboración de un proyecto educativo nacional y de una nueva visión de la Educación centrado en la realización plena de la persona y de una sociedad más justa.

El rol de la filosofía actual

En tiempos así, y dentro de este contexto, preguntarnos si la reflexión filosófica tiene la capacidad y la posibilidad racional de aportar a la comprensión de la problemática contemporánea de nuestros pueblos o ¿si ella solamente debe circunscribirse a la reflexión trascendente sustentada únicamente en el pensamiento universalista de los grandes maestros de la filosofía clásica, antigua o moderna, para contribuir en la percepción de los inmanentes o trascendentales valores de la humanidad?. ¿cuál es o debe ser el rol de la filosofía frente a la problemática cultural, social y educativa de América Latina del siglo XXI? ¿debemos seguir buscando verdades universales y necesarias para todo tiempo y lugar o las construimos desde las concepciones interpretativas eurocentristas (Dussel,2009,93) o asumimos el reto de construir una filosofía emergente , no por su determinación espacio- temporal, sino por la autenticidad y peculiaridad de la reflexión sobre nuestra compleja realidad cultural, social e individual, que “lo hispanoamericano vendrá como añadidura”.(Salazar,1976,102). ¿Está la filosofía hoy en la capacidad de asumir esta tarea únicamente desde sus disciplinas filosóficas y sólo con sus conocimientos e instrumental teórico o, con humildad, debemos reconocer que necesitamos del aporte fundamental de las ciencias, la tecnología, las humanidades, del arte, de las diversas cosmovisiones culturales y otras formas de conciencia social, para imaginar y construir nuevas perspectivas teóricas, nuevos conocimientos, nuevos caminos metodológicos y visiones prospectivas más amplias, multidimensionales, de mayor comprensión, aproximación y de posibilidades de soluciones a los problemas?. ¿Seguiremos pensando que sólo a la ciencias naturales y sociales, y a la tecnología les corresponde el monopolio de la verdad fáctica y de buscar soluciones o alternativas de solución a los problemas reales y que a la filosofía y a las humanidades en general sólo les compete reflexionar especulativamente sobre los problemas, mas no el indagar posibilidades de respuesta de solución y de compromiso por el cambio? Implica esto “un cierto complejo de inferioridad” de los filósofos, como lo afirmó el maestro Salazar Bondy, o de poca capacidad de estudio para abarcar otros saberes y de incapacidad intelectual para articularlos?. No

le ha faltado razón a Mario Bunge cuando dice “Lo que sí es verdad es que la filosofía académica se ha tornado bastante caduca. Está obsesionada con su propio pasado, se muestra suspicaz frente a las nuevas ideas, sólo tiene ojos para sí misma, es ajena a los problemas del mundo y, por ende, es de poca o ninguna ayuda para resolver la mayoría de los problemas a los que se enfrenta la gente común”(2002,11). A lo que agrega Rorty, “Sólo después de haber renunciado a la esperanza de alcanzar el conocimiento de lo eterno, los filósofos comenzaron a proyectar imágenes del futuro... Precisamente en la medida en que integramos el tiempo en nuestro pensamiento, los filósofos nos vemos obligados a dejar de atribuir a la contemplación la prioridad frente a la acción. Hemos de estar de acuerdo con Marx cuando sostiene que no deberíamos pretender saber lo que el futuro tiene necesariamente en común con el pasado, sino que nuestra tarea consiste más bien en contribuir a configurar el futuro de otro modo que el pasado. No nos queda otra alternativa que la de cambiar el papel que los filósofos compartieron con los sacerdotes y los sabios y adoptar una función social que se parece más a la de un ingeniero o un abogado.” (2008,16). Posición que comparto, aunque discrepe de algunas de sus orientaciones políticas- filosóficas, pero sin temor alguno a coincidir con ellos.

He ahí el reto que nos convoca. Pienso que reiniciar este camino de pretender construir una filosofía emergente desde la problemática Latinoamericana es factible y necesario. Entender la filosofía como “una reflexión sobre los problemas del conocimiento, la acción humana, la invención o la existencia, que trabaja sobre lo ya dado por la ciencia, la praxis, la moral, la creación artística y la vida cotidiana, como una indagación acerca de realizaciones espirituales ya producidas” (Salazar,1984,). Es un saber de segundo orden (p.30). Y es un buen punto de partida, pero que supone necesariamente una reflexión primera, que cuando es rigurosa y sistemática, lo realiza la ciencia a partir de determinados enfoques teóricos y metodológicos sobre específicos segmentos de la realidad y a cuyo resultado denominamos, en general, conocimiento científico. Este conocimiento que reclama para sí el derecho de la objetividad es un conocimiento particular, fragmentado, por abstracción de la realidad. Para los positivistas modernos está será la tarea de la filosofía, de servir de instrumento de esclarecimiento de los conceptos de la ciencia. Pero esta manera de pensar la filosofía supone no sólo restringirla al análisis teórico, meramente cognoscitivista, sino también neutralizarla de toda relación con la vida real y sus problemas. Sin dejar de ser una mirada rigurosa y sistemática de la filosofía, sin embargo, limita y aísla la reflexión filosófica de los problemas y de las condiciones reales que lo generan, así

como, de la búsqueda de los caminos de acercamiento a la verdad y de las posibilidades de reconstruir la realidad. Así como tampoco, concebimos la realidad reducido a lo dado, a lo que existe, sino que consideramos que los hechos de la realidad no agotan las posibilidades de la existencia, y que por lo tanto, también hay alternativas capaces de superar aquello que resulta criticable, indignante, en lo que existe, queda pues abierto un campo de posibilidades para el cambio (Santos, 2006). Por ello, pensamos que, una de las tareas de la filosofía actual es integrarse al estudio de la comprensión de la problemática latinoamericana. Para eso, la reflexión filosófica deberá abrirse al aporte de las ciencias, utilizando el conocimiento particular elaborado por ellas, como materia base, para construir explicaciones, intuir tendencias y generar prospectivas mucho mejor articuladas, integradas, y comprensivas del hombre y la sociedad, la cultura y la naturaleza en el siglo XXI. Aunando a ello, los aportes de la tecnología, las humanidades, el arte, las tradiciones, las cosmovisiones de las diversas realidades culturales y la experiencia empírica. La filosofía induce a romper toda restricción temática y metodológica; como un pensar abierto, flexible proyectado hacia todas las variedades de la realidad y la experiencia. La apertura del filosofar a todos los horizontes de la experiencia significa una vuelta a lo concreto, así como cualquier acto de conocimiento implica una abstracción. Si es cierto que todo pensar es dinámico y creador, la reflexión filosófica es, relativamente a la ciencia, un pensar radicalmente dinámico, que recrea constantemente sus temas y sus planteos y reinventa sin cesar sus formas metódicas. (Salazar, 1984, 97).

Desde esta perspectiva, la filosofía deberá ser un saber multidimensional, capaz de comprender los fenómenos en contextos complejos y cambiantes. “Pero por ser el acto de conocimiento a la vez biológico, cerebral, espiritual, lógico, lingüístico, cultural, social, histórico, el conocimiento no puede ser dissociado de la vida humana ni de la relación social” (Morin, 2009,27). Es tarea nuestra, demostrar que la reflexión filosófica en el siglo XXI tiene capacidad multidimensional y vigencia para el análisis, la comprensión, la explicación y la búsqueda de posibilidades de solución a problemas específicos de nuestra realidad, sin renunciar a nuestra visión totalizadora, integradora, sino que, a partir de la construcción científica de determinadas contextos teóricos, deducir las múltiples posibilidades en la solución de problemas concretos.

Reflexionar sobre el sentido de nuestro ser personal y social en universos particulares dinámicos y complejos para pensar la educación, o mejor dicho, para pensar sobre la naturaleza, el rol y la finalidad de los sistemas educativos, en la lógica de los países, los pueblos y de las diversidades culturales de

América Latina, y no congelarnos en abstracciones ahistóricas o etnocentrismos universalistas, es asumir el reto de una filosofía que renace de las entrañas de América Latina.

Y dentro de estos contextos, nos preguntamos ¿qué posibilidades tenemos desde la reflexión filosófica, con autoridad intelectual, para incidir en la elaboración y cambio de las políticas educativas o de la democracia participativa, o en la perspectiva de la construcción de una sociedad justa?.

Pienso que hacer Filosofía de la Educación, desde la perspectiva latinoamericana, requiere de una profunda reflexión crítica de segundo orden con un enfoque multidisciplinar sistémico (Bunge, 1999, Morin, 2007, Santos, 2006) que, a partir del estudio de los fundamentos ontológicos, epistémico, metodológico y axiológico de la educación nos permita no sólo racionalizar, comprender e interpretar la realidad educativa en América Latina, sino vislumbrar las posibilidades de su prospectiva con nuevas propuestas de lineamientos filosóficos integrados al avance científico, tecnológico, humanístico y de la cultura en general, que enriquezcan el desarrollo de nuestra realidad educativa y los fundamentos de la formación integral del ser humano en la perspectiva de una sociedad justa, libre y de democracia participativa

Bibliografía

Adrianzèn, A. y otros (1993). *Democracia, etnicidad y violencia política en los países andinos*. Lima: IEP ediciones.

Bunge, M. (2002). *Crisis y reconstrucción de la filosofía*. Barcelona: Editorial Gedisa, S.A.

Bunge, M. (1999). *Buscar la filosofía en las ciencias sociales*. México: Siglo veintiuno editores, S.A.

Calderòn, F. y otros. (2004) Una perspectiva cultural de las propuestas de la CEPAL. En: Pajuelo, R., Sandoval, P. *Globalización y diversidad cultural*. Una mirada desde América Latina. Lima: IEP Ediciones.

Consejo Nacional De Educación. (2001). Propuesta para un Acuerdo Nacional Por La Educación.

Delors, J.(1996). *La Educación encierra un tesoro*. México: Ediciones UNESCO.

Dussel, E. (2009). Una nueva edad en la historia de la filosofía: el diálogo mundial entre tradiciones filosóficas. En: *Humanismo en la era de la globalización. Desafíos y perspectivas*. Bs.As.: Editorial Biblos.

Giusti, M. (2010). El sentido de las humanidades. En: *El Futuro de las Humanidades. Las humanidades del futuro*. Lima: Fondo Editorial PUCP.

Kant, M. (1963). *Fundamentos de la Metafísica de las costumbres*. México: Editora Nacional. Traducción García Romero.

Kliksberg, B. (2002). *Hacia una economía con rostro humano*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Morin, E. (2009). *El Método 3. El conocimiento del conocimiento*. Madrid: Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S.A.), 6ta. Edición.

Morin, E. (2007). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Editorial Gedisa S.A. Novena reimpresión.

Pajuelo, R., Sandoval , P.(2004). *Globalización y diversidad cultural. Una mirada desde América Latina*. Lima: IEP Ediciones.

Pronunciamiento Latinoamericano en el Foro Mundial de Dakar realizado del 26 al 28 de abril del 2000.

Rorty, R. (2008). *Filosofía y futuro*. Barcelona: Editorial Gedisa, S.A. Reimpresión de la primera edición.

Santos, B. (2006). *Conocer desde el Sur. Para una cultura política emancipatoria*. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales/Unidad de Post Grado/UNMSM.

Salazar B., A. (1976). *¿Existe una filosofía de nuestra América?*. México: Siglo Veintiuno editores

Salazar B., A. (1984). *Iniciación filosófica*. Lima: Ediciones Studium

Sen, A (2007). ¿Cómo juzgar la globalización?. En: *Primero la gente*. Barcelona: Ediciones Deusto.

Sen, A (2000). *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Editorial Planeta S.A.